

DOS AVENTURAS DE DON QUIJOTE PARA UN RETABLO DE TÍTERES

Adaptación escrita por Santiago Sevilla

1. PRIMER RETORNO DE DON QUIJOTE

NARRADOR: Guía Don Quijote a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia comienza a caminar con tanta gana, que parece que no pone los pies en el suelo. No ha andado mucho Don Quijote, cuando le parece que a su diestra mano, de la espesura de un bosque, salen unas voces delicadas, como de persona que se queja, y apenas las ha oído, cuando dice:

DON QUIJOTE

¡Gracias al cielo yo doy,
por merced que me hace hoy!
Presto, ocasiones delante
pone al caballero andante,
donde a probarme ya voy.
Voces de un menesteroso,
que ayuda reclama ansioso,
oigo del bosque clamar.
¡Contra el cruel y el alevoso,
Rocinante, a galopar!

NARRADOR: Y volviendo las riendas, encamina a Rocinante hacia donde le parece que las voces salen. Y a pocos pasos que entra por el bosque, ve atada una yegua a una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que es quien las voces da, y no sin causa, porque le está dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompaña con una reprensión y consejo, porque le dice:

LABRADOR

¡Ojos listos! ¡Lengua queda!
Azote enmendarte pueda...
Y el muchacho responde:

ANDRÉS

¡No lo haré otra vez, señor!
¡En el prado y la alameda,
el ható he de cuidar mejor!

Y viendo Don Quijote lo que pasa, dice:

DON QUIJOTE

¡Golpear al que inerme, es,
señor, cruel y descortés!
¡Para enfrentar cruenta lid,
sobre el caballo subid!
Que Dios sea nuestro juez.
Así que empuñad la lanza
y enfrentad esta probanza
en la que decida Dios,
cuál triunfa de entre los dos
y a quién la muerte alcanza.

*NARRADOR: El labrador, que ve sobre sí esta figura llena de armas,
blandiendo la lanza sobre su rostro, se tiene por muerto, y con buenas
palabras responde:*

LABRADOR

Éste que castigo ahora,
es mi bellaco criado,
que mi hato mal ha cuidado:
Una oveja cada aurora,
por perdida, me la afora!
Y encima de todo, miente,
que yo este castigo invente,
por no pagar su soldada,
nueve meses adeudada,
si bien recuerda mi mente...

DON QUIJOTE

(feroz)

¿Mentís delante de mi, ruin villano?

¡Por el sol que nos alumbra,
que esta mi lanza os ensarte!
Pasaros de parte a parte,
tal que Amadís acostumbra,
mi ira santa ya columbra.
Pagadle avaro labriego,
por vuestra salud os ruego
u os concluyo y aniquilo.
¡Vuestra vida pende a un hilo,
desatadlo, o morid luego!

NARRADOR: El labrador baja la cabeza, y sin responder palabra, desata a su criado, al cual pregunta Don Quijote:

DON QUIJOTE
¿Cuánto te debe tu amo?

ANDRÉS
Son, en suma, nueve meses,
siete reales cada mes,
en total, sesenta y tres.

LABRADOR
Oh señor y caballero,
no son tantos, asevero;
que de zapatos, tres pares,
más dos sangrías espero
cobrárselos en buen dinero.
Permitidme pues descuento,
a este mozo negligente,
lo que en buena ley me debe,
y que conmigo lo lleve
a que le pague y sustente.

DON QUIJOTE
Los zapatos y sangría
que por él habéis pagado,
al azote equivaldría
que sin culpa le habéis dado,
y la avería del cuero
en el cuerpo y el calzado,
más la sangre que ha sacado
al pobre enfermo, el barbero,
del sano, ya habéis cobrado.
¡Todo así finiquitado!

LABRADOR
El diablo, señor, está
en que dinero no llevo,
a mi casa llegar debo;
véngase Andrés hasta allá,
la deuda se saldará.

ANDRÉS

¿Irme yo con él? ¡Mal año!
¡Oh! No señor, ni por pienso,
que ha de hacerme mal inmenso.
Lo que trama es un engaño,
para mi desgracia y daño.

DON QUIJOTE

Por honor que no hará tal.
Basta que yo se lo mande,
que le deje libre y ande
en obediencia total,
caballero noble y leal,
por nuestra ley obligado,
ante el juramento dado,
vaya y cumpla con la paga,
el entuerto se deshaga
y yo sea contentado.

ANDRÉS

Que mi amo no es caballero,
ni orden de caballería
el nunca recibiría,
Juan Haldudo, el rico mero,
es él, que el mundo entero,
lo conoce en Quintanar,
os ruego considerar.

DON QUIJOTE

Hasta un Haldudo ordenar
puede el Rey, de caballero,
de sus obras heredero,
si por ellas le ha de honrar.

ANDRÉS

¿De qué obras es pródigo hijo,
pues me niega mi soldada,
mi trabajo vale nada,
y me descuenta prolijo
las sangrías, tal cual dijo?

LABRADOR

No lo niego hermano Andrés,
sígueme al paso tus pies

que juro que he de pagaros
un real sobre otro, caros,
sahumados de diez en diez!

DON QUIJOTE

Del sahumero os hago gracia,
dádseles en reales reales,
pues si no muy grandes males
he de hacerlos, por desgracia,
penando vuestra falacia.

¡Don Quijote de la Mancha
soy, quien os manda cumplir,
invencible en mi exigir,
en tanto la tierra es ancha,
de los agravios, revancha!

NARRADOR: Y en diciendo esto, pica a su Rocinante, y en breve espacio se aparta de ellos. Le sigue el labrador con los ojos, y cuando ve que ha traspuesto el bosque y que ya no aparece, se vuelve a su criado Andrés, y le dice:

LABRADOR

Venid acá, hijo mío,
que honesto os quiero pagar,
como dignóse ordenar
Don Quijote magno y pío,
lo que os podido adeudar.

ANDRÉS

Cómo que andará acertado,
vuestra merced en cumplir,
lo que le tiene ordenado,
el que acaba de partir,
caballero el más honrado,
valeroso y denodado,
mil años que ha de vivir,
y si no hubiereis pagado,
él vuelva, os haga rendir,
y en castigo, sucumbir.

LABRADOR

Por lo mucho que yo os quiero,
quiero acrecentar la deuda,
por acrecentar la paga...

NARRADOR: Y, asiéndole del brazo, le torna a atar a la encina, donde le da tantos azotes que va a dejarlo por muerto...

¡Llamad, que el agravio leuda,
que el Quijote lo deshaga,
aunque falta y no está entero,
desollaros vivo espero!

NARRADOR: Por fin el labrador lo desata y Andrés se parte llorando y su amo se queda riendo. Y, desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que ha dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de si mismo va caminando hacia su aldea, diciendo:

DON QUIJOTE

¡Oh! Sobre las bellas, bella
Dulcinea del Toboso,
a tu afán más caprichoso,
tú, de mi destino, estrella,
me someto sin querella.
Llamarte puedes, dichosa,
que la suerte caprichosa,
tan nombrado caballero,
a tus pies pusiese entero,
en empresa muy gloriosa:
Recibo apenas ayer
orden de caballería,
y hoy, en mi primero día,
he logrado desfacer
horrenda bellaquería,
agravio, que debió ser,
el mayor en rededor:
Del malvado contendor,
el látigo destructor,
le arrebató de la mano,
que contra el humano hermano,
batía con cruel furor...

NARRADOR: En esto llega a un camino que se divide en cuatro y suelta la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya, el cual sigue camino de su caballeriza. Habiendo andado como dos millas, descubre Don Quijote un grande tropel de gente, que son unos mercaderes toledanos que van a comprar seda a Murcia. Son seis, y vienen con sus quitasoles, con otros cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas a pie. Don

Quijote, con gentil continente y denuedo, se afirma bien en los estribos, aprieta la lanza, llega la adarga al pecho y, puesto en la mitad del camino, espera que aquellos caballeros andantes lleguen, que por tales los tiene y guzga, y cuando llegan, levanta la voz, y con ademán arrogante, dice:

DON QUIJOTE

Que todo el mundo se atenga,
a que castigo le venga,
si no defiende y confiesa
que en el orbe no hay belleza
que tanta hermosura tenga
cual mi reina Dulcinea,
y dígallo sin que la vea
o conmigo es en batalla
y en ella la muerte halla
quien mi proclama no crea.

MERCADER

No cargue nuestra conciencia,
señor, esta dirimencia.
Denos a ver su retrato,
aunque nimio, un garabato,
que de esta dama, excelencia
nos demuestre sin enojo;
sea ella tuerta de un ojo,
o del mane, en profusión,
piedra azufre y bermellón,
daremos aceptación.

DON QUIJOTE

No mana, canalla infame,
de su ojo lo que decís,
sino algalia, ámbar feliz.
¡Justo es ya que yo os reclame,
blasfemia a mi emperatriz!

NARRADOR: Y en diciendo esto, arremete con la lanza baja contra el mercader que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropiece y caiga Rocinante, lo pasara mal aquel atrevido. Cae Rocinante, y va rodando su amo una buena pieza por el campo; y queriéndose levantar, jamás puede: tal embarazo le

causan la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugna por levantarse, y no puede, está diciendo:

DON QUIJOTE

Non fuyáis, gente cobarde,
gente cautiva, atended:
que al ataque me retarde,
del caballo es culpa, ved!

NARRADOR: Un mozo de mulas, no muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo puede sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose a él, toma la lanza, la hace pedazos y comienza dar a nuestro Don Quijote tantos palos, que a despecho de sus armas le muele malamente. Danle voces sus amos que no le de tanto, pero el mozo está picado y no quiere dejar el juego hasta envidar el resto de su cólera, y acudiendo por los demás trozos de la lanza los acaba de deshacer sobre el miserable caído. Se cansa el mozo y los mercaderes siguen su camino. El pobre apaleado, después de verse solo, torna a probar si puede levantarse, pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo hace molido y casi deshecho? Y aun se tiene por dichoso, pareciéndole que esta es propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuye a la falta de su caballo y no le es posible levantarse según tiene abrumado todo el cuerpo.

2. La espantable y jamás imaginada Aventura de los Molinos de Viento

NARRADOR: Don Quijote y Sancho descubren treinta o cuarenta molinos de viento que hay en este campo. Así como Don Quijote los ve, dice a su escudero:

DON QUIJOTE

Va guiando la ventura
nuestras cosas muy mejor
que yo ansiara, soñador;
por que en esta coyuntura,
gigantes de gran altura,
vienen a darme batalla.
Mira Sancho, esa canalla
y espantosa multitud

que mi guerrera virtud,
al combate presta, le halla.

He de quitarles la vida,
en ésta, que es buena guerra,
pues de la faz de la tierra,
simiente tan mal nacida,
debe de ser repelida,
y con sus ricos despojos,
sus perlas, sus mantos rojos,
vamos, Sancho, a enriquecer.
¡De asombro, colma tus ojos,
que hoy los voy a acometer!

SANCHO

¿Qué gigantes? ¿Qué gigantes?
¿Dónde veis tales maleantes?
En todo el alrededor,
campo raso, mi señor,
veo y nulos caminantes...

DON QUIJOTE

Aquellos de largos brazos,
que los baten, dando hachazos,
galopan en blancas yeguas,
de dos, en dos, saltan leguas,
tan enormes son sus pasos.

SANCHO

Vuestra merced, mire bien,
que aquellos que ahí aparecen,
y sus grandes aspas mecen,
molinos son, que al vaivén,
del viento, a la rueda dan tren.

DON QUIJOTE

Bien parece, Sancho amigo,
que se ha hecho el miedo contigo.
Hinca al suelo en oración,
y haz de tripas, corazón,
pues te nombro mi testigo:
Aunque fiera y desigual,
entro en batalla campal.

-¡A amuralladas ciudades,
Oh cobardes, non fuyades,
que voy solo, a haceros mal!

NARRADOR: Se levanta en esto un poco de viento, y las grandes aspas comienzan a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dice:

DON QUIJOTE

Aunque los brazos mováis,
más que el gigante Briarco,
ya con mi lanza yo os marco.
¡Monstruos, a la tumba vais,
que, con la muerte, pagáis!

NARRADOR: Y diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorra, bien cubierto de su rodela con la lanza en ristre, arremete a todo galope de Rocinante, y embiste con el primero molino que está delante, y dándole una lanzada en el aspa, la vuelve el viento con tanta furia, que hace la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que va rodando muy maltrecho por el campo. Acude Sancho Panza a socorrerle a todo correr de su asno, y cuando llega halla que no se puede menear, tal ha sido el golpe que ha dado con él Rocinante...

SANCHO

¡Válame Dios, Don Quijote,
os han quebrado el cogote!
¡El molino en la cabeza,
os golpea con braveza
y al suelo os lanza en rebote!

DON QUIJOTE

¡Calla, Sancho amigo, calla!
El sabio Trestón me encalla:
Los gigantes, a molinos,
tórname en pares mezquinos,
donde glorias no se halla.
Mas te juro por mi honor
que aunque esta vez perdedor,
la templanza de mi espada,
por su magia no es menguada,
y finiré vencedor.

SANCHO

¡Dios lo haga como puede!

NARRADOR: Ayudándole a levantar Sancho, torna Don Quijote a subir sobre Rocinante, que está medio despaldado, y va el caballero muy pesaroso por faltarle su lanza...

DON QUIJOTE

Yo me acuerdo haber leído
que Diego Pérez de Vargas,
pasóla, sin su espada, amargas:
Con un tronco, el desvalido,
armóse de árbol caído
y machacó tantos moros
tal que una piara de toros
que a la carga haya venido.
Llamáronle Vargas Machuca
y diéronle de armas, escudo,
que ostenta un mazo nervudo
con que al moro despeluca.
Yo quiero un palo de roble,
o de alguna encina noble,
para afilarme otra lanza,
y con ella, Oh Sancho Panza,
mis hazañas yo redoble.

SANCHO

Yo lo creo todo así,
cual si yo mismo lo vi.
Pero enderécese un poco,
que va rencoso, quien un loco,
en mal momento creí.

DON QUIJOTE

Así es verdad: del dolor
no me quejo si me aqueja,
que la honra no me deja,
aunque tripa salga a flor,
consolarme en tal clamor.

SANCHO

Yo, escudero, he de quejarme,
del dolor aún más pequeño,
pues no se me turba el sueño,

si mi sufrimiento enseñó,
a quien va a conmiserarme.

NARRADOR: Don Quijote se ríe de la simplicidad de su escudero. Sancho, con licencia de su señor, se acomoda lo mejor que puede sobre su jumento, y sacando de sus alforjas lo que en ellas hubo puesto, va caminando y comiendo tras de su amo, muy de espacio, y de cuando en cuando empina la bota, con tanto gusto que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Resuelven pasar la noche entre unos árboles, y del uno dellos desgaja Don Quijote un ramo seco que casi le puede servir de lanza y pone en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado.